

Pedro Garcia,

VILLENNA, 15 Agosto 1908.

Núm. 40

Año II

ORIGINAL

# LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

LA CARIDAD

## PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre . . . . .	0'30 pesetas
Fuera . . . . .	0'45 .
Número suelto . . . . .	0'05 .

PAGO ADELANTADO

## ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 12

# LA LEY DEL TALIÓN

I

Las equivocaciones judiciales, ¡cuántas víctimas han ocasionado!

¡Cuántos infelices han muerto en el patíbulo inocentes del crimen que se les imputaba!

¡Cuántos han consumido su existencia en lóbregas prisiones, acusados de asesinatos que jamás pensaron cometer! Estas reflexiones acuden á mi mente después de leer el siguiente suelto:

«En el departamento de Alabama, por efecto de un error judicial, ha sido condenada á veinte años de trabajos forzados una desgraciada joven. Cuando la infeliz se encontraba á punto de extinguir su condena, faltándole sólo unos meses, ha fallecido, descubriéndose que no estaba condenada más que á veinte meses, y que por un error del escribiente que copió la sentencia se le habían impuesto veinte años.

Los miembros de la legislación del Estado han presentado un proyecto para pagar una indemnización á la madre de la pobre víctima».

No hay efecto sin causa, dije con tristeza al concluir la lectura de las anteriores líneas. ¡Pobre mujer! ¿Qué hiciste ayer?

¿A quién encarcelastes? ¿A quién privastes del tesoro inapreciable de la libertad?

¿A quién hundistes en el abismo de la más horrible desesperación?

## II

«A una mujer me dice un espíritu; á una joven muy hermosa y muy buena, y muy amada de su poderosa y numerosa familia.

La mujer que hoy ha sido víctima del error de un escribiente judicial fué ayer un príncipe de la iglesia muy respetado por la austeridad de sus costumbres. Esclavó de su credo, cruel con los herejes, gozaba con la destrucción de los impíos, creyendo que mientras más murieran en las hogueras, más se engrandecía su iglesia; pero aparte de su fanatismo religioso, tenía buenas costumbres, y respetaba á las mujeres evitando su contacto con ellas. Más en mal hora conoció á Ernestina, joven hermosísima que le hizo sentir lo que jamás habían sentido. Su secretario particular le quería muchísimo y comprendió en seguida que su Señor estaba verdaderamente interesado por la hermosa joven que se había postrado ante él para confesarle sus inocentes pecados. Sin decirle nada á su dueño, como disponía de dinero en abundancia, se arregló la manera de engañar á la joven para que hiciera una obra de caridad visitando á una pobre familia en la cual la miseria y la enfermedad habían clavado sus garras. Ernestina, que era muy buena, acudió donde la llamaba su deber de cristiana y cuando estaba más confiada sentada, al lado de una niña enferma, dos hombres enmascarados se apoderaron de ella y aplicaron á su rostro un lienzo mojado, empapado de una esencia tan fuerte y tan penetrante que le hizo perder el conocimiento, y cuando despertó de su letargo, se encontró recostada en un lecho y á su lado, contemplándola tiernamente, al príncipe de la iglesia y á su secretario. Este en cuanto Ernestina despertó, salió del aposento, que era una celda muy espaciosa, con dos grandes ventanas defendidas por gruesos barrotes de hierro. La joven lloró amargamente, pero como su seductor le pintó con tan vivos colores su inmensa pasión y le aseguró que se mataría si ella no accedía á sus amantes ruegos; como no empleó la violencia y si el halago, sin abusar de su poder, Ernestina, que aún no conocía lo que era el amor, se conmovió profundamente y se dejó querer y acariciar, cediendo, después de muchos días, á los ruegos de su amador. Este, enloqueció por ella y le dijo:—Soy el más feliz de los mortales con tu amor, pero como me debo á mi iglesia y no quiero ser como otros muchos prelados, piedra de escándalo, no te sacaré de este encierro; aquí vendré siempre que pueda. En este convento creen que estás loca, mejor dicho, endemoniada, y nadie se acercará á tí, temiendo el contagio de tu locura. Tendrás todo lo necesario para la vida, menos la libertad y el trato de gentes; por un torno te dejarán los alimentos. Si algún día puedo, nos iremos muy lejos;

cruzaremos los mares, y donde nadie nos conozca viviremos felices. Pero este sueño no se realizó. El poderoso prelado tuvo cada día nuevos honores y nuevos inconvenientes para realizar sus sueños y á veces, pasaba meses enteros sin poder visitar á Ernestina. Esta, lloró durante mucho tiempo, pensando en el desconsuelo de sus padres y de sus hermanos, pero como era tan buena, perdonó de buen grado á su apasionado carcelero, y vivió diez y nueve años en su encierro, muriendo al fin en brazos de su amante, el cual no tardó en seguirla».

«Cuando se encontraron en el espacio, ella le reiteró su perdón, porque le amaba, aconsejándole que para poderse unir más tarde él volviera á la tierra con la envoltura de mujer, para sufrir en peores condiciones el cautiverio que él le había hecho sufrir á ella; y en esta existencia el prelado de ayer, el hombre poderoso, ha sufrido la condena que debía sufrir, siendo su madre su secretario de ayer que justo era que llorase el cautiverio de su hija el espíritu que, ayer causó la desgracia de una familia amorosísima arrebatándole á su hija, cuya pérdida lamentaron siempre».

«Los errores judiciales responden, por regla general, á hechos punibles. Cuando el tormento de un sér se prolonga demasiado, podeis estar persuadidos de que se cumple una condena muy dolorosa, pero muy justa también. Adiós».

### III

¡Cuántas historias, Dios mio! ¡Cuántos crímenes cometidos á la sombra de una religión cuyo credo es tan hermoso y tan consolador!

¡Cuántos misterios encierran los conventos! Si sus muros, hablaran y se castigaran todos los crímenes cometidos á su sombra, la tierra no sería bastante anchurosa para levantar en ella los cadalsos donde debieran morir los culpables!

¡Cuánta sombra, Dios mio!

*Amalia Domingo Soler*

---

## Excursiones al Cielo

### *Nombres y Mujeres planetarios*

¿Están habitados los mundos planetarios? ¿Se parecen sus habitantes á nosotros?

La cuestión es mucho más seria, más vasta y más compleja de

• lo que aparentan creer ciertas inteligencias harto científicas.

El primer punto que nos llama la atención en los estudios de los otros mundos es el saber si son parecidos al nuestro.

Cuando observamos al telescopio la Luna ó Venus, Marte ó Júpiter, buscamos en seguida, instintiva y naturalmente, si tiene analogía con el mundo que habitamos.

Nuestros esfuerzos tienden á examinar sus condiciones de habitabilidad, sus climas; sus estaciones, el estado de su atmósfera, su fuerza de gravedad, la duración del día y de la noche, con la idea preconcebida de que el grado de probabilidad en la labor de la existencia de la vida está en razón directa del grado de semejanza con el planeta que habitamos.

¡La vida! ¡La vida! ¡La vida irradia por todas las partes en el globo, desde las negras profundidades del océano, hasta las blancas cimas de las nieves perpetuas: se estremece en un rayo de Sol, pulula en una gota de agua, llena el aire de microbios, se multiplica de parásitos en parásitos en su propio detrimento, envuelve todo el globo de una red sin fin, que se forma constantemente consigo misma; se muestra en la tierra, en el agua, en el aire, en el planeta, y en el animal, devorándose á sí misma antes que dejar de existir, y se desborda por todas partes de la capa terrestre demasiada pequeña para contenerla.

El parecido de los planetas entre sí es un hecho innegable, puesto que son de un mismo padre: Dios.

Pero difieren entre ellos, no sólo como situación, posición, volumen, masa, densidad, temperatura y atmósfera, sino también en la constitución física y química. Y el punto sobre el cual llamamos aquí la atención, es que esa diversidad no debe ser considerada como un obstáculo para las manifestaciones de la vida, sino al contrario, como un nuevo campo abierto á la fecundidad infinita de la madre universal.

Así, pues, cuando nuestro pensamiento vuela no sólo hacia nuestros vecinos de la Luna, Venus, Júpiter ó Saturno, sino hacia las miríadas de mundos desconocidos que gravitan alrededor de los innumerables soles diseminados por el espacio, no tenemos ninguna razón plausible para imaginar que los habitantes de esas otras tierras del cielo se parecen en nada á nosotros en forma ni en substancia orgánicas.

La substancia del cuerpo humano terrestre es debida á los elementos de nuestro planeta, especialmente el carbono.

Nos parece, indudablemente, que para ser hombre ó mujer hay que tener cabeza, corazón, pulmones, piernas, brazos, etc., pero nada está menos demostrado.

Todas las formas imaginables y no imaginables deben poblar la multitud de los mundos. El hombre terrestre está dotado de cinco sentidos, ó de seis, según algunos... ¿Por qué se ha de haber

detenido ahí la naturaleza? ¿Por qué, por ejemplo, no ha de haber dotado á ciertos séros de un sentido eléctrico, de un sentido de orientación, ó de un órgano que perciba las vibraciones etéreas del infrarrojo ó del ultravioleta, y que permita oír á inmensa distancia y ver al través de la paredes?

Nosotros comemos y digerimos como groseros animales. ¿No existirán mundos en los que una atmósfera nutritiva dispense á los habitantes de un trabajo tan ridículo?

Atomos liliputienses como somos, debemos convencernos de una vez para siempre de que toda nuestra imaginación no es más que esterilidad en medio del infinito apenas entrevisto por el telescopio...

*Camilo Flammarion*

---

## FUERA DE MI, NO HAY SALVACIÓN

---

Esto es lo que orgullosamente y con la mayor soberbia se atreve á decir el catolicismo constantemente y á todos.

El bien, si no lleva la marca católica, no es el bien. La Caridad, no es tal caridad, si el que la práctica no es católico militante. Y decimos militante, porque la palabra convencido no debe emplearse aquí, ya que el convencimiento es lo que menos importa en esa religión positiva á sus adeptos y se contenta casi siempre con las manifestaciones exteriores de su culto.

Ya hemos dado á esa afirmación el calificativo que se merece.

¿Cómo? La humanidad terrestre cuenta con unos 1.600 millones de almas. El catolicismo sólo domina oficialmente en 270 millones de conciencias; y decimos oficialmente porque, si de cada cien, apartamos los católicos de conveniencia; los que están distanciados de esa religión por no admitir uno ó varias de sus dogmas; los empleados del Estado que por conservar su empleo, su destino, su carrera, se suman á los demás en los actos religiosos; etc., etcétera, quedará reducido ese número á los diez que puedan llevar el título de convencidos. ¿Y os atrevéis á condenar sin remisión á 1.330 millones de séros, hijos de Dios como vosotros, puesto, que han partido del mismo Principio y caminan hácia el mismo Fin?

Examinemos la cuestión.

Puesto que el alma es creada, según la doctrina católica, en el momento de nacer el cuerpo en el que debe habitar, no existe en ella, anteriormente al nacimiento, condición de sér, es decir, ni inteligencia, ni voluntad, no es ella la que pide, la que quiere nacer en tal ó cual parte, en tal ó cual región de la tierra; sale digámoslo así, de la nada, en el momento de la concepción.

Luégo Dios y sólo Dios, que la saca entonces del caos, es quien la obliga á encarnarse en un país civilizado ó en uno salvaje, en una nación católica ó en otra que no lo es. No existiendo el sér anteriormente á su presente vida, la responsabilidad entera de su nacimiento aquí ó allá, cae sobre el Poder que la ha creado.

Entonces, si sólo al amparo del catolicismo puede encontrar el alma su salvación, ¿no es verdad que resulta Dios culpable de la condenación eterna de tantos millones de séres creados por El á sabiendas del tremendo destino que les espera?

¡Ah! Es preciso que despierte la razón humana y que cese de empequeñecer al Creador. Hé aquí un Dios injusto, cruel, malvado; mal padre, pequeño, cuya concepción se enseña á los hombres por arte del catolicismo.

¿Es que en los países protestantes, cismáticos, judíos, mahometanos, bhudistas, etc., etc., no existe la virtud? ¿No habrán hombres buenos, justos, nobles, generosos, caritativos, en todas partes? ¿Y qué son la bondad, la justicia, la nobleza, la generosidad, la caridad, más que distintivos del cristiano? Es verdad que *católico* y *cristianos* suelen ser muy distintos en la práctica, y por eso será tal vez por lo que esa religión excluye de la eterna salvación á todos los que no comulgan en sus altares, por buenos y caritativos que sean.

Hé aquí, en forma de ejemplo, el fruto de esas enseñanzas. Dos séres acaban de morir. Uno era partidario de la libertad de conciencia, se apartó constantemente en su vida de las manifestaciones religiosas exteriores; pero á su paso, sembró la paz, el consuelo y el amor en los corazones afligidos. Con su ardiente caridad, disminuyó cuanto pudo en la tierra el reinado del dolor y aumentó en las almas atribuladas la fé en el Dios que perdona y ama á todos sus hijos. Murió rechazando terminantemente la intervención de la religión católica en sus últimos momentos; Este sér está condenado, por fallo inapelable, á tormentos eternos. De nada le sirven sus virtudes eminentemente cristianas.

El otro era católico militante; no perdía ni uno sólo de los actos exteriores del culto; confesaba y comulgaba con frecuencia. Fué un malvado en toda la extensión de la palabra. Su existencia, un continuo errar por las miserias carnales, atropellando la inocencia, abusando de todos para satisfacer sus inmundas pasiones. Orgullosa y egoísta en alto grado, por centenares se pueden contar las familias en las que trasformó sus alegrías en negras tristezas. En fin, no hizo más que mal á su paso por la vida. A última hora, sintiéndose morir, llamó á un sacerdote católico, recibió la absolución y demás Sacramentos propios del caso: Este sér está salvado, afirma el catolicismo. Todas sus males acciones han sido borradas por sus múltiples confesiones y sobre todo, por la última efectuada antes de morir.

Moral elástica es ésta, hay que reconocerlo así. A dicha elasticidad se debe el estado de la sociedad católica moderna, tan distanciada del cristianismo.

¿Cual será la religión verdadera? La que salve á todos los hombres sin excepción. Luégo por ese lado, no alcanza ese título el catolicismo, puesto que condena á la mayor parte de la humanidad á las penas eternas.

La religión verdadera será la más justa, la más moral, la que mejor enseñe y practique las leyes del Evangelio. ¿En dónde está la justicia de esa doctrina que orgullosamente afirma que fuera de ella, no hay salvación? ¿En dónde su moral, si vemos que su obra de tantos siglos, ó sea, la actual sociedad, se halla presa de las mayores inmoralidades, causadas precisamente por las facilidades con que el confesionario devuelve á sus adeptos á la práctica del pecado?

Atrevimiento se necesita para excluir de la salvación á las demás ramas del cristianismo que han producido la civilización de ingleses, alemanes, suizos, etc., que son ciertamente más morales que los de las naciones latinas, en las que ha dominado y aún domina el catolicismo.

Pero, ya despierta la razón humana; va preguntándose el porqué de muchas cosas y, al no encontrar respuesta racional y lógica, se aparta con horror de esa religión que tiene los pies bañados en la sangre que ha vertido y el corazón entregado por completo al becerro de oro, al vil metal, al interés, al egoísmo en fin.

Jesús no dijo: «Fuera de tu ó cual religión positiva, no habrá salvación, sino: *Sin Caridad no hay salvación*, porque la esencia de sus enseñanzas morales era el amor divino, la ardiente caridad.

Esta enseña es la que tremola hoy el Espiritismo. El no dice á los hombres: «Crear en mi doctrina, porque sin ella no podréis llegar á Dios», sino que les repite las mismas palabras del Crucificado: «La Caridad ha de ser la base de vuestra vida y mientras no lo sea, ni daréis un paso en el camino del progreso, ni podréis, con razón, ostentar el título de civilizados.

U. F.

---

## DE ULTRATUMBA

¡Cuánto desea el hombre que desaparezcan de la Tierra los males y el desquiciamiento, que en ella no han cesado de imperar, aunque significándose con mayor intensidad en ciertas épocas y en determinados lugares!

La razón de la fuerza, invocada por los que juzgándose superiores ó privilegiados, quieren supeditar por la arbitrariedad y la

injusticia. Las guerras, como consecuencia inevitable de ese relajamiento de vínculos y de relaciones sociales, desentrenándose sobre los pueblos con toda su cohorte de horrores; todo ese aparatoso cúmulo de desdichas, que hoy pesa todavía sobre la especie humana, quisiera el hombre extirparlo para siempre del planeta, no acertando con el motivo que hace permanentes, miserias tan espantosas, lástimas tan grandes; llegando hasta admitir, que son inherentes á la condición humana y por consecuencia irremediables, tales imperfecciones y tan profundas desdichas.

Mas, el motivo en que radican las mencionadas plagas que diezman vuestro mundo; ese motivo, que el hombre no encuentra porque no sabe aún buscar la verdad, ó porque buscarla suele siempre en sentido inverso del camino que debiera seguir, yo á decirlo voy, y no será por cierto la primera vez: Mientras las ideas no sufran una evolución radical en el pensamiento humano; mientras las costumbres no se modifiquen en consecuencia, y las instituciones no experimenten un cambio completo en sentido de la verdad y del bien, no cambiará el aspecto de la sociedad humana.

Reparad, pues, como el hombre en lo más elemental, en lo más sencillo y práctico, yerra siempre, caminando por opuesto sendero al que le marcan las leyes de la conciencia, de la moral, de sus propios y verdaderos intereses temporales y eternos.

Reparad en la sociedad humana, el culto que se profesa á todo lo que brilla bajo el oropel de las riquezas, de la vanidad y de los mentidos prestigios con que se encubre por lo regular, la maldad, la miseria y la dureza é insensibilidad de ciertas almas.

Jesús, dijo: «que ventá en pos de los enfermos del espíritu, de los pobres del cuerpo y del alma, de los desvalidos y huérfanos y abandonados»; decidme, si el hombre de vuestros días tiene ante las riquezas y el prestigio, consideraciones y preferencias para aquellos á quienes el Padre Celestial otorgara el primer lugar en la mesa y en la heredad.

Ni buscáis al enfermo, ni al pobre ni al estropeado; y por el contrario: rehusáis la mano del asesino ordinario y vulgar, por que está manchada de sangre y manchada con todas las suciedades de la miseria y de la pobreza, y estrecháis con efusión y hasta con gratitud, la enguantada mano del asesino encubierto bajo la púrpura, bajo la toga, ó bajo el deslumbrante velo de las riquezas y el poder.

¡Cómo quiere el hombre que cambie la tierra, si él no cambia!  
¡Cómo quiere que desaparezcan las miserias que le rodean, si él las alienta, las vigoriza, las crea con su debilidad, su ligereza y su falta de rectitud y de reflexión!

*Un Protector*